

Cuando el cáncer ataca

Hace ya como un año mi esposo comenzó a manifestar síntomas de enfermedad, sin embargo, los análisis que le hacían los médicos no terminaban de aclarar qué sucedía con él. Hasta que una prueba fue concluyente: un tumor canceroso se había apoderado de su riñón izquierdo y había que operar, remover el riñón para luego decidir qué tratamiento seguiría. Nos estaba sucediendo lo que muchas familias viven y temen. El cáncer nos estaba atacando.

El cáncer, como cualquier enfermedad o situación que supone un riesgo para la vida, implica una amenaza potencial de pérdida. Y, usualmente, estamos acostumbrados a enfrentar las crisis y las pérdidas en el momento en que ocurren, pero no cuando la situación representa una posible pérdida más grande y que no sabemos si podemos evitar.

A partir de esta experiencia me gusta compartir las siguientes ideas sobre la amenaza de pérdida y cómo podemos enfrentarla con la mejor disposición y herramientas emocionales.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que una enfermedad que puede ser mortal, o incluso la espera de un diagnóstico, conlleva una serie de cambios que obligan a las personas a adaptarse a nuevas circunstancias, nuevos horarios de funcionamiento, rutinas, etc. Pero es muy importante reconocer que los cambios no sólo afectan a la persona que padece el problema, sino a todo su entorno familiar, laboral y social. Quienes sufren de forma más directa son los familiares. Uno de los pasos fundamentales para enfrentar y superar estas crisis es aceptar que las emociones negativas pueden surgir y son parte del ser humano. Puede haber tristeza, enojo, desconcierto, sensación de desamparo y temor por el futuro.

En segundo lugar, la enfermedad, en este caso el cáncer, supone la sensación de que se ha perdido el control. El enfermo y su familia pueden sentir que su vida se pone de cabeza y que no se puede detener esa especie de tren descarrilado que aparentan ser los cambios que se imponen. Pero esto se puede tornar en algo bueno. Por ejemplo, uno se percata de que se tienen recursos emocionales e intelectuales para afrontar la crisis. El choque emocional inicial da paso a la búsqueda de soluciones y es cuando la fortaleza, los conocimientos y la gente que nos rodea nos demuestran que podemos salir

adelante. Con relación a esto, la amenaza de pérdida se aminora cuando somos capaces, con humildad, de reconocer que necesitamos ayuda y que hay personas que están dispuestas a socorrernos. Son como las aves que Dios le mandó al profeta Elías para que lo alimentaran en tiempo de crisis y soledad. No despreciemos el apoyo ni los recursos que envía el Señor.

Por último, el secreto para superar cualquier crisis, ya sea un cáncer que aparece sin invitación, una enfermedad que supone cambios drásticos o un problema que no supone una pérdida inmediata, pero que nos amenaza con convertirse en una es encontrar en Dios la fuente de toda esperanza. La esperanza en Dios tiene que ver con confiar en que en toda circunstancia es mejor que Él tenga el control, porque Él siempre sabe, y quiere, lo que es mejor para nosotros.

La esperanza en Dios nos da la fortaleza necesaria para no hundirnos en la sensación de desamparo e incertidumbre. Cuando el cáncer ataca, si nos aferramos a las promesas del Señor de que Él está con nosotros, de que hay esperanza para el porvenir, podremos convertir una amenaza de pérdida en una experiencia enriquecedora a través de la cual veremos cumplirse la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.